



INTRODUCCIÓN

Dusan Cotoras y Enzo Isola
Universidad Diego Portales

Un fantasma recorre el mundo sin que su llegada parezca intimidar demasiado a la rígida constitución de las categorías que dieron origen al pensamiento moderno. Sin embargo, el fantasma de la crisis ecológica ha puesto en duda nuestro lugar en el mundo. Las emisiones que afectan a la composición química de la atmósfera terrestre, las transiciones geológicas que muestran una completa indiferencia hacia las intenciones humanas, o las migraciones masivas motivadas por el cambio climático que se proyectan a corto plazo, nos hablan de un futuro que se piensa a sí mismo como catástrofe. Esta era, que el químico Paul Crutzen y el biólogo Eugene Stoermer bautizaron como “Antropoceno”, supone un cambio en la escala planetaria que sobrepasa incluso las categorías omnicomprensivas provenientes del diagnóstico de la sociedad mundial. Una nueva era geológica en donde el espacio absoluto de la existencia humana que llamamos sociedad pierde su primacía heurística entre aquellas formulas vacías y reliquias metafóricas cuyos rendimientos pragmáticos parecen haber muerto de literalidad.

Tal hipótesis parte de la constatación de que la historia de la sociedad es también la historia del conjunto de metáforas que han sido pronunciadas en su nombre. Desde los tiempos de Auguste Comte la sociología buscó proyectar la composición de su objeto de estudio a la luz de las propiedades que compartía con las estructuras de sistemas orgánicos, máquinas, campos de fuerza o redes informáticas. La fuerza de estas imágenes provenía de su capacidad para evocar magnitudes que carecían de expresiones adecuadas en la terminología de las ciencias



humanas. Aquí el recurso de la metáfora no sólo representa la forma más elevada de abstracción teórica sino que permitía orientar acciones y omisiones en medio de la insoportable contingencia que gobierna los entornos naturales. Su verdad se revela precisamente ahí en donde los términos incompatibles se reúnen por encima de su literalidad para dar formato al mundo que habitan. Hacer hablar a la metáfora, trasladarnos a través de ella por sobre los lugares comunes de la modernidad, es el gran desafío para el pensamiento sociológico en la era del Antropoceno.

El siglo pasado nos legó una versión debilitada de lo social que resume los altos niveles de tolerancia a la desorientación que dieron cabida al nihilismo posmoderno. De seguir así, la sociología corre el riesgo de convertirse en espectador cínico de una catástrofe cuyos alcances exceden sus simbolismos y posibilidades de comprensión. Será preciso repoblar el mundo con aquellos objetos, afectos y espacios que la sociología neutralizó en beneficio de las técnicas de crianza humanista si todavía pretende ofrecer algo más que un momento de indeterminación.

El presente número de *Cuadernos de Teoría Social* propone un desvío que conduzca hacia la *terra incognita* que habita la teoría cuando entra en una relación metafórica con objetos aún desconocidos. La invitación es a reanudar la especulación teórica acerca del signo bajo el cual se expresa su margen de maniobra en el planeta. Una sociología “anfibia” que nos permita cambiar de elemento conforme se interna en las inmediaciones de la naturaleza y la sociedad. De ahí que las contribuciones de la presente edición deban ser leídas como metáforas experimentales en busca del tono adecuado para interpretar las claves del Antropoceno.

En primer lugar, la metáfora geométrica de la “esfera” nos presenta el “espacio” como aquella categoría antropológica olvidada en la corriente del tiempo. El “ahí” del ser humano se dio por descontado demasiado pronto tanto en lo que respecta al diagnóstico actual de la globalización, que des-contextualiza el mundo de la vida en un océano



abstracto de comunicaciones, como por el tipo de fenomenología inaugurada con *Ser y Tiempo* de Martin Heidegger, que condiciona la existencia humana a la finitud del tiempo. La conferencia dictada por la filósofa y premio nacional de humanidades Carla Cordua con motivo del seminario organizado por el Núcleo de Teoría Social “La esferología de Peter Sloterdijk”, nos introduce en la constitución de receptáculos autógenos en donde el ser humano se piensa a sí mismo y de los cuales dependerá para subsistir. Condenado al ejercicio metafórico de repetir en el afuera la situación intrauterina, el ser humano deja de habitar el recipiente autónomo donde las cosas existen para crear el interior que redefine su ontología en una topología variable. Los espacios de intimidad (burbujas), inmensidad (globos) y pluralidad (espumas), constituyen aquel *médium* en donde se organiza nuestro estar-en-el-mundo.

En segundo lugar, los “afectos” se expresan a través de tonalidades poco habituales en el trabajo del sociólogo Manuel Tironi. Sus registros etnográficos de la vida tóxica en la localidad de Puchuncaví reproducen la metáfora meteorológica de la atmósfera. En un ejercicio de especulación teórica, nos invita a replantear la disociación cartesiana entre cuerpo y mente a partir de la articulación psíquica y química del campo de vibraciones que se perciben en la zona. La conciencia del aire se presenta, en el análisis de Tironi, como un conductor de estados de ánimo capaces de sintonizar con una atmósfera afectiva particular: el estado anímico del Antropoceno.

En tercer lugar, los “objetos” asumen un grado de autonomía que se sustrae de sus relaciones con el entorno y cuya realidad sólo parece ser accesible por medio de una forma especulativa de realismo. El filósofo norteamericano Graham Harman ofrece un conjunto de reflexiones a partir de la reciente publicación de su libro *Immaterialism: Objects and Social Theory* (2016). Allí desarrolla la metáfora biográfica de la “decadencia” a partir del estudio de la “Compañía Holandesa de las



Indias Orientales” como indicador de las sucesivas transformaciones de un objeto en sus procesos de simbiosis. La propuesta de Harman busca marcar distancia del trabajo de Bruno Latour debido a la incapacidad de la Teoría del Actor-Red para dar cuenta de la asimetría ontológica inmanente a la estructura metafórica que define las transformaciones de un objeto social. Harman formaliza estas objeciones en quince reglas preliminares para dar cabida a una sociología orientada a los objetos.

Concluimos con una entrevista al filósofo Peter Sloterdijk, realizada especialmente para el presente número. En ella Sloterdijk reflexiona acerca de las principales metáforas que recorren su obra como claves para abordar el desafío de pensar lo social en la actualidad: a saber, un ejercicio emplazado en las “brechas” que separan los espacios íntimos de la solidaridad, la realidad de la pertenencia nacional y la impersonalidad excluyente de la sociedad mundial. A riesgo de convertirse en una disciplina expatriada de este mundo tripartito, Sloterdijk sugiere, la sociológica debe arriesgar ser irónica y gimnástica. Su principal desafío consiste en alejarse de las metáforas contractualistas para conducirse en un territorio que carece de manual de instrucciones.

El presente número es precisamente una invitación a ejercitar una imaginación sociológica para el Antropoceno. Una imaginación que no sólo busca hacer “hablar” a las ecologías que forjan la modernas relaciones sociales entre el ser humano y su medio ambiente, sino reconsiderar los objetos y las simbiosis que llevaron al ocaso de su metáfora más querida: La Sociedad.